ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LA CIENCIA PRECRISTIANA

TEORÍA PITAGÓRICA DE LA EVOLUCIÓN

(CONTINUACIÓN)

En cada palpitación del átomo central del universo la substancia emanada de su centro al chocar con la substancia que se precipita hacia el centro, forma una superficie esférica que se transforma en oleadas incesantes de átomos hechos á imagen y semejanza del átomo central, que los ha engendrado, oleadas de átomos, que, alejándose continuamente del átomo central, forman la nebulosa central del universo, de la cual se desgajan y separan las nebulosas parciales, origen de soles y planetas que juntos forman una inmensa esfera cuyo volumen aumenta sin cesar á medida que el flujo emanado del centro transforma lo racional de las ideas en la realidad de la fuerza.

Este átomo central es el aparato motor y centro de gravedad y de figura del universo, á virtud del cual lo inteligible, lo racional de Hegel, las ideas de Platón, los números de Pitágoras, los arquetipos escolásticos, el Logos de los gnósticos, el conjunto de las ideas ó verdades matemáticas existentes por sí mismas sin causa ó la idea matemática más alta de todas, que es el Dios de San Agustín y de Santo Tomás, se transforman de

punto inextenso que son, en esfera de una substancia hasta hoy incomprensible.

El incesante movimiento de expansión y de condensación de este átomo central engendra infinitas legiones de átomos hechos á su imagen y semejanza, y los aleja constantemente del centro; y envolviéndolos como mar infinito en el cual navegan, está en comunicación eterna con cada uno de ellos, porque la ondulación general del átomo central está en contacto continuo con las ondulaciones parciales de cada uno de los átomos del universo.

Estos átomos ó ideas matemáticas en movimiento, forman alrededor del átomo central la nebulosa central, de la cual van desgajándose las nebulosas de Laplace; y á medida que en cada una de ellas los átomos se combinan entre sí, van apareciendo los tetraedros regulares y todas las combinaciones regulares del tetraedro regular, á saber: los cuerpos simples, los minerales, los vegetales, los animales, los hombres, los genios, los santos, los artistas...

El universo está creado desde el momento en que empezó á palpitar el átomo central, transformando la substancia inteligible y matemática de las ideas, en esta cosa matemática más compleja que llamamos la energía ó fuerza; pero el universo no está hecho, se está haciendo sin cesar; es una esfera que aumenta constantemente de volumen por el flujo perpetuo de ideas matemáticas en movimiento (átomos) que emana de su centro. Los soles y planetas más distantes del átomo central, los que forman la superficie esférica del universo, son los que han alcanzado mayor grado de perfección, porque han avanzado más en el proceso de la evolución; de la propia suerte que en la superficie de nuestra tierra se hallan las formas más perfectas que contiene, del mismo modo que en la corteza de nuestra masa cerebral están las formas más complejas de nuestro cerebro.

Así, pues, en el segundo alfabeto de la evolución a′ representa el átomo central del universo, z′ el punto del eje de la evolución por el cual pasa un plano perpendicular, en el cual suponemos colocadas las formas secundarias que de él nacen, á saber: la esfera de volumen finito, sin cesar creciente, que contiene dentro de sí la totalidad del universo, ó sea el grado más alto de la evolución de los minerales; las formas de los cuerpos simples; las formas de los minerales y las formas planetarias constituídas por la aglomeración de estos mundos parciales, cuya masa y cuyos movimientos están equilibrados por los de otros mundos situados al lado

opuesto del átomo central, en el extremo del diámetro de la esfera del universo que, pasando por el átomo central, enlaza dos á dos los soles, los planetas ó los grupos planetarios que podemos llamar antípodas.

Esto es lo que los pitagóricos querían significar con su Antitierra opuesta á nuestro planeta Tierra.

Podrá no ser cierta esta forma esférica de radio cada vez mayor que atribuímos al universo, pero que es verosimil, probable y lógica, no se puede negar; y si no es esta la forma verdadera, ¿cuál otra es?—pregunto yo.

Mi hipótesis, que supongo era la de los pitagóricos, es preferible á no tener ninguna ó á tener la idea vaga y confusa de un montón de nebulosas, soles y planetas dispuestos en un orden desconocido, sin límites, ni contornos, ni forma, sin ningún carácter geométrico ni matemático determinado con precisión ni claridad.

El no tener en nuestra mente la idea de la forma del universo, y el no comprender que esta forma no puede ser otra que la de la esfera, la forma elemental y matriz en que todas las demás se forjan, da origen al grave error de la persistencia de la fuerza.

Dada una fuerza viva cualquiera mv^2, claro es que este trabajo ni aumentará ni disminuirá; se transformará en ondulaciones caloríficas, luminosas, eléctricas, magnéticas, psíquicas y de otras mil clases desconocidas; pero no es ese el problema.

Convenimos en que el átomo, una vez formado, es eterno, ó lo que es lo mismo, que la fuerza y la apariencia de materia que constituyen el átomo, persisten indefinidamente, son eternas, porque cada átomo es imagen fiel y semejanza perfecta del átomo central; pero esto no es incompatible, ni mucho menos, con la producción incesante de nuevos átomos (materia y fuerza), con la transformación continua y automática de las ideas en fuerzas, con el hecho de que la esfera del universo aumente sin cesar de volumen.

Un símil, vulgarísimo tratándose de cosas tan altas, puede ayudarnos á comprenderlas.

El átomo central del universo es una fábrica de átomos semejantes todos á aquel que los engendra, como el impreso se parece al molde de la imprenta, y la moneda al cuño, y el retrato á la placa fotográfica.

La fabricación se verifica de un modo automático y continuo. Los soñadores del movimiento continuo sueñan cosas, en verdad, disparatadas,

pero el movimiento continuo existe; y existe tan sólo en el átomo central, y fuera de él no hay motor alguno que lo engendre.

La primera materia de esta fabricación consiste en enormes montones, digámoslo así, para entendernos, de ideas; montones inmensos, inacabables, infinitos, de verdades y de leyes matemáticas.

El dueño de la fábrica, llámese Z, Dios, Logos, Verbo, Primer Uno, etcétera, etc., ocupa el centro de la misma, y por medio de las ondulaciones del átomo central, ó sea de la maquinaria fabricadora de los átomos constructores del universo, está á la vez en contacto con todos los puntos de la esfera, está en todas partes, en relación con todos y cada uno de los átomos: ve, palpa, inspecciona y dirige todos los detalles de su fabricación, lo cual, expresado artísticamente, equivale á la afirmación de que «no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.»

Recíprocamente, las ondulaciones de cada átomo le ponen en contacto y relación constantes con todos y cada uno de los demás átomos del universo y con el centro del átomo central.

Estas ondulaciones son lo que los teosofistas llaman *aura*, de donde se infiere que á cada combinación de átomos corrresponde una combinación de auras, un aura más compleja sujeta á las leyes de la geometría y de la mecánica, y por consiguiente, que es posible explicar matemáticamente los fenómenos de sugestión, de hipnotismo, de telepatía, de clarividencia, de astrología y otros.

Las oraciones de los creyentes, las inspiraciones de los artistas, las esperanzas de los excépticos en las tribulaciones de su vida, la fe, en el progreso indefinido, de toda clase de revolucionarios y de reformadores, no son otra cosa que actos mecánicos (de una altísima mecánica no expresada aún por símbolos matemáticos) de orientación hacia el punto central del universo, orientación las más veces instintiva, inconsciente, pero análoga siempre, aunque en grado diferente á la orientación de la brújula en busca del polo magnético.

El fabricante Z, ó Dios, ó lo que es lo mismo, la ciencia matemática en movimiento, la integral de todas las integrales posibles, moviéndose, es el montón mismo de ideas, la totalidad de ellas y el continente que las envuelve, al propio tiempo que la idea superior á todas las demás y más excelsa, es decir, que las ondulaciones del átomo central, de donde todos los demás átomos nacen son la propia substancia divina de las ideas, inagotable primera materia transformada en fuerza al ser em-

pleada en la construcción y conservación del universo, el cual, si las ondulaciones del átomo central cesasen, desaparecía en el acto, porque los átomos parciales componentes cesarían también de palpitar, y la naturaleza toda se desvanecería como una ilusión y recobraría su primitiva forma racional, inextensa, esto es, volvería á ser primera materia para la fabricación de nuevos mundos.

La materia prima de las ideas es inagotable, el movimiento del motor es automático y continuo, y por lo tanto, el producto elaborado, la fuerza, crecerá indefinidamente, el mundo se estará haciendo sin cesar, y nunca quedará completamente terminado, porque la aparición incesante de cosas nuevas es consecuencia natural de la producción continua de nuevos átomos y de sus innumerables combinaciones posibles.

Más exacta que la frase «Dios hizo el mundo» sería la de «Dios hizo el átomo central de la nada de las ideas matemáticas y del átomo central nació y está naciendo sin cesar el universo».

El concepto mecánico del mundo y el concepto metafísico coinciden perfectamente desde el momento en que admitimos la existencia de una máquina (el átomo central) capaz de hacer la transformación automática y constante de las ideas en fuerzas y de las fuerzas en ideas, por medio de unas ondulaciones desconocidas, que pudiéramos llamar psíquicas para llamarlas de algún modo, á virtud de las cuales el punto se convierte en esfera, y la esfera se convierte en punto; ó lo que es lo mismo, lo racional se convierte en real y lo real en racional; lo espiritual, inextenso é invisible, se trueca en materia extensa y visible, y viceversa; el álgebra se transforma en geometría y en mecánica, y éstas, á su vez, se transforman en álgebra, en fórmulas analíticas.

Para formarnos idea clara de cómo se verifica la parte de la evolución mineral y sideral que comprendemos en el segundo alfabeto a'..... z', figurémonos una parte no más de la esfera finita del universo, á saber: un cono que teniendo su vértice en el centro del átomo central, termine en un casquete esférico.

La evolución de los átomos emanados del átomo central, consistirá en su movimiento dentro de este cono, alejándose del vértice describiendo espirales, elipses, parábolas, hipérbolas y cuantas curvas se derivan de las secciones cónicas, y formando sucesivamente todas las formas minerales y siderales posibles desde la nebulosa central más sencilla próxima al vértice, hasta los inmensos soles apagados, de masa y volumen cre-

cientes, que se muevan dentro del casquete esférico, base del cono, soles apagados que por ser límite del universo y la más alta jerarquía de la evolución sideral, supondremos habitados por hombres cuya vida se cuente por millones de años, hombres que hayan evolucionado hasta ser genios, y genios que hayan evolucionado hasta ser santos, y santos que hayan evolucionado hasta ser artistas en todos sus actos, y artistas capaces de recorrer los sucesivos é innumerables grados de la evolución que deben existir entre el arte y la divinidad, grados que constituyen lo desconocido para nuestra limitada inteligencia, pero que no es incognoscible.

No se crea por esto que designamos con la letra z' el conjunto de grandes masas siderales colocadas en la superficie esférica del universo, como forma última ó superior.

Con la letra z' del alfabeto de la evolución, designamos el betatetraedro y todas las infinitas formas que se derivan del cubo y del octaedro, y que suponemos colocadas en el plano perpendicular al eje de la evolución en el punto z'.

Es decir, que en el segundo alfabeto de la evolución a' representa el átomo central; las letras b', c'... las transformaciones necesarias para producir los átomos, cuyas combinaciones producen todas las formas de la naturaleza; si representamos por la letra w' un átomo, x' representará la línea recta formada por dos átomos, lo que yo llamo arista en mi libro «Origen poliédrico de las especies»; y' significará la combinación regular de dos aristas iguales, ó sea el tetraedro regular, entendiendo por tal un conjunto de cuatro átomos — esferas en vibración constante é isócrona, cuyos centros dibujan en el espacio la figura de un tetraedro regular, y cuyas vibraciones llenan el infinito espacio dibujando en él como puntos, líneas y planos vivos los lugares geométricos de los encuentros de dichas ondulaciones que llamamos aristas, caras, centros de las aristas, centros de las caras y centro ó alma del poliedro.

Con la letra z', término del segundo alfabeto de la evolución, designamos la copulación regular de dos tetraedros regulares iguales, de modo que coincidiendo los centros, se corten en cruz dos á dos las 12 aristas, de cuya copulación nacen dos figuras conjugadas ó macho y hembra: el cubo y el octaedro.

Arturo SORIA Y MATA.

(Se continuará.)

EL PORVENIR QUE NOS AGUARDA

(CONTINUACIÓN)

Del aspecto de la sabiduría pasemos al aspecto del poder. La sociedad volverá á establecerse sobre sus antiguas bases con mejores materiales en las manos de sus constructores. Todas las diversas funciones de un Estado perfectamente ordenado, serán desempeñadas por los que sean aptos para cada una de ellas por su estado de desarrollo. Entonces las auras de todos los hombres serán visibles á los que dirijan el Estado, y según sean las aptitudes, el poder y la benevolencia visibles á la mirada astral, así serán los deberes que cada cual estará llamado á cumplir. Cada hombre tiene á su alrededor en su aura delineado su carácter, así como sus poderes, determinando las funciones que puede ejecutar mejor, de suerte que cada hombre será puesto en el lugar que debidamente le corresponde. El reconocimiento de que se hace justicia, hará que los hombres vivan en armonía, sabiendo cada uno que está haciendo aquello para lo que es propio; el poder que ve le da su rango y señala la región de su actividad. La mayor parte, á la verdad, viendo por sí mismos, endosarán la justicia de la autoridad gobernante, y aquellos que no pueden ver serán contenidos por una abrumadora opinión pública. Entonces el conocimiento gobernará á la ignorancia, y el poder escudará y guiará la impotencia, y los hombres se reirán de la falaz idea de que la multiplicación de la ignorancia es sabiduría. En esos días, la juventud al desarrollarse en la virilidad tendrá sus sendas marcadas claramente por el color, la finura y el tamaño de sus auras, las cuales mostrarán — como lo muestran ahora para aquellos cuyos ojos están abiertos — la esfera que sus facultades abarcan y los poderes que en sí tienen susceptibles de desarrollo. El trabajo será una alegría, como es siempre alegría cuando está ajustado á las facultades del trabajador; el sufrimiento, lo penoso del trabajo, proviene de que no se adapta á nuestras facultades, de que el trabajo no se ajusta á la capacidad; cuando el hombre haga siempre aquello para lo cual es más apto,

entonces habrá armonía y contento en la sociedad, en lugar de descontento y amenazas de revolución.

En esos días, cuán diferente también será la ley, especialmente en lo que se refiera á la jurisprudencia criminal; así que la vista astral sea una facultad común, aunque sólo de una importante minoría, tiene que verificarse un gran cambio en el tratamiento nacional del mal y de los malhechores. Si los hombres poseyesen la vista astral, no se harían muchas de las cosas que hacen las naciones y la sociedad en los tiempos actuales. No sería posible la guerra, porque entonces verían el sufrimiento y los disturbios que llevan al plano astral las almas lanzadas en él, llenas de terror ó cólera. Y no existiría la pena de muerte entre los hombres que pudiesen percibir la vida de ultratumba, porque sabrían que cada asesino libertado por medio de la ejecución, puede perjudicar á la sociedad más eficazmente que cuando está encerrado dentro del cuerpo. Entonces también el hombre asumirá sus deberes respecto del reino animal que le rodea, así como respecto de sus propios hermanos de la raza humana. Los hombres con visión astral no podrían obrar con los animales como obran hoy los hombres ciegos, y en un mundo civilizado no habría mataderos ni carnicerías, con su horrible atmósfera de elementales hediondos y de formas astrales de animales arrancadas de sus cuerpos físicos en pleno mortal horror, que devuelven al mundo una ola de terror que separa los animales de los hombres. Porque al matar el hombre estos seres desamparados, éstos envían al mundo que han dejado, vibraciones de desconfianza y odio á los hombres, que afectan á los animales que viven en la tierra, y originan la repulsión «instintiva» que en tan gran modo singulariza la actitud del mundo animal hacia el humano. En esos días el crimen llamado «sport» no deshonrará ya á la humanidad, manchando con sangre inocente las manos que debieran ser puras. El hombre cesará de ser el agente principal del sufrimiento en el mundo, porque cuando llegue á percibir que él es el causante de ellos, estos males serán barridos para siempre.

Así, al elevarse el hombre en su propia conciencia al mundo astral, ocurrirán cambios maravillosos que alterarán la faz de la sociedad, y hará á la tierra mucho más bella, porque el amor, la sabiduría y el poder, se habrán desarrollado en el sentido que hemos estado considerando, y en muchos otros que el tiempo de que disponemos no nos permite tratar.

Otro estado se presenta ahora á nuestros ojos: el mundo devachánico, la región de la mente misma; y el tiempo vendrá en que la raza humana

alcance esa conciencia más elevada, en que pueda funcionar en el cuerpo devachánico, y hacer uso de los sentidos devachánicos. ¿Cómo podré describir las posibilidades de ese mundo asombroso, con todas sus maravillas y sus glorias, sus resplandecientes colores y melodiosos sonidos, su vida intensa y luz radiante? Excepto en su propio lenguaje, ¿cómo puede darse una idea de ello? Pues allí se habla en colores y en música, en formas vivas de luz resplandeciente. Aquí sólo hablamos y oímos frases torpes, símbolos del mundo, que expresan tan sólo un fragmento de la idea que podemos formular por medio del cerebro. Pero allí no se necesita ningún lenguaje articulado y siempre imperfecto, porque allí la mente habla directamente á la mente, y la materia es tan sutil, que todo pensamiento se reviste instantáneamente de forma. Si pasamos al mundo devachánico y pensamos, las imágenes del pensamiento surgen alrededor nuestro resplandecientes, de colores gloriosos, vívidos y exquisitos, por encima de toda expresión; matices delicados fundiéndose unos en otros en sucesión veloz y cambiante, de hermosura inefable, fascinadora. Cuanto más hermoso sea lo que piense el individuo, más bellas son las formas que le rodean; mientras más grandes y más puras sean sus ideas, tanto más exquisitas son las figuras que se manifiestan como los hijos radiantes de su mente. Todo lo que piensa hállase ante él; piensa en un amigo, y la imagen del mismo le sonríe; en un lugar, y lo ve extendido á sus pies; el espacio no separa, porque la mente no está limitada por el espacio; el tiempo principia á ceder, y el pasado, el presente y el porvenir comienzan á fundirse en el ahora; no del todo en las regiones devachánicas inferiores, aunque allí se siente el principio de la fusión que es perfecta en las esferas superiores. Cuando el amigo habla al amigo, lo hace en formas y colores y música, y el mundo que les rodea se enriquece con su emisión, porque su maravillosa materia sigue las palpitantes vibraciones de su pensamiento.

De este modo toda la región del Devachán está siempre resplandeciente de cambiantes colores que la tierra ignora en absoluto, música con tonos que los oídos físicos no pueden oir; el mero vivir es dicha inefable donde nada malo ni desarmónico puede causar perturbación. Ninguna nota discordante penetra en este mundo, pues el pensamiento que no pueda tomar una forma bella y armoniosa, no tiene expresión allí; cada cambiante forma parece más bella que la anterior; cada tono más lleno, más dulce, más rico que el precedente. Si tuviésemos aquí en funciones los

sentidos devachánicos, entonces, antes que las palabras pudiesen salir de mis labios, la habitación entera aparecería llena de música, color y forma, vestidura exquisita del pensamiento, y todos los sentidos serían á la vez estimulados y deleitados, pues todos los sentidos no son allí más que uno.

Si queremos saber más detalles acerca de las actividades que corresponden al Devachán, y cómo funcionará el hombre en esta región elevada cuando sea consciente en ella, tenemos de nuevo que recurrir á la experiencia para contestar—la experiencia de aquéllos que se han adelantado á sus compañeros y están ya familiarizados con muchos de sus poderes y posibilidades. —El servicio allí asume un nuevo aspecto, pues como la mente toca á la mente, los más pequeños se ponen en contacto directo con los Grandes Seres—en tanto en cuanto los pequeños pueden ponerse en contacto con los grandes — y el conocimiento que comunican es tan completo, tan rico, que al ser estudiado, nuevas posibilidades parecen revelarse, y lo que se dice no es la centésima parte de lo que se pone al alcance; parece rodear y penetrar la mente hasta que el hombre se sumerge en un mar de sabiduría y de conocimiento que le compenetra. Allí, igualmente, la compasión se ensancha, gozándose en los nuevos canales que se ofrecen para su curso. El hombre en el plano devachánico alcanza todos los planos inferiores, enviando todas las fuerzas que pertenecen á aquellas altas regiones para fortalecer é iluminar las mentes de los hombres, afectándoles por masas en lugar de uno por uno, influyendo en muchos con pensamientos transcendentales, ayudándoles á ver la verdad como tal, é imprimiendo en la mente interna aquello que el cerebro externo no puede comprender. Así, una parte de la ayuda prestada á aquellos que son auxiliados, consiste en obrar sobre su mente interna ó superior, sugiriéndole una nueva idea, un «descubrimiento» científico, un eslabón perdido de conocimiento; y esta mente superior, asiendo la verdad presentada, la atrae y trabaja en su propia naturaleza inferior, de manera que esta convicción íntima se sobrepone á toda lógica y á todos los lentos procesos del razonamiento, iluminando la mente inferior, haciendo comprensible el pensamiento, dominando la voluntad, hasta que toda la naturaleza inferior es iluminada por el rayo de su Yo superior. Esto es una parte de ayuda prestada á los hombres por aquellos que han alcanzado la región devachánica, ayuda que será prestada más y más completa á los rezagados de la raza, á medida que aumente el número de los que pueden fun-

cionar en el plano devachánico. En él existen posibilidades que hoy apenas pudieran soñarse: la educación del pensamiento para alcanzar alturas no imaginables, la formación de elementales poderosos para enviarlos á ayudar en el mundo á los hombres, el guiar las mentes que tantean tras la verdad, la inspiración de las aspiraciones más elevadas en aquellos que están preparados para recibirlas. Como el pensamiento toma forma, al ser animada por las fuerzas de la vida devachánica, semejante forma se convierte en potentísimo agente, y así un solo trabajador puede ayudar á millares de sus semejantes.

La sabiduría es tan distinta en estos niveles, que es apenas posible dar aunque sólo sea una vislumbre de sus métodos y funcionamiento. No funciona por la observación de los cuerpos, sino por la comprensión de las esencias; no por la observación de los efectos, sino por la comprensión de las causas, de manera que la sabiduría allí ve y oye y conoce y maneja la causa de las cosas en lugar de los resultados, las cosas en sí mismas en lugar de sus apariencias. La humanidad tendrá una visión que alcanzará lejos en el porvenir, creando causas que tendrán sus efectos en los siglos siguientes. La ayuda en la evolución vendrá de todos lados, porque la mayor parte, en lugar de dificultarla, la impulsará; en lugar de crearle obstáculos, apoyará á los hombres para empujarla; pues ellos comprenderán la Ley Divina, y serán uno con ella para el progreso del mundo.

Ved cómo los lados de la pirámide parecen aproximarse entre sí á medida que ascendemos, y el amor y la sabiduría funden sus actividades. Lo mismo sucede con el poder. Por lo que se ha dicho, se habrá visto la clase de poder que entonces habrá en el mundo, y cómo apresurará la evolución; pues tener poder en el plano devachánico, es ser una expresión más completa de la Buena Ley, un canal profundo para su poderosa corriente; la ejecución perfecta es guiada por la obediencia razonada perfecta, al paso que cada uno es la Ley en acción, y por tanto, de fuerza abrumadora. Avanzamos ahora tan lentamente de siglo en siglo, de milenio en milenio, que si miramos atrás millones de años, vemos á la raza humana subiendo aún como ahora. Pero entonces el progreso será infinitamente más veloz, los obstáculos serán una memoria del pasado, y todas las fuerzas estarán trabajando conscientemente hacia un cumplimiento divino.

Aún más alto ha de elevarse la humanidad. Más allá del glorioso mundo devachánico ábrese otro aún más glorioso, la región de Samâdhi,

donde unos pocos de nuestra raza pueden funcionar, aunque es absolutamente desconocida de la gran mayoría. Es una región donde el pensamiento cambia por completo de carácter y no existe como el que llamamos pensamiento en los planos inferiores, donde la conciencia ha perdido muchas de sus limitaciones y adquiere una expansión nueva y extraña; donde la conciencia se reconoce ser todavía ella misma, y sin embargo, se ha dilatado reconociendo á otros yos como unos con ella, de suerte que comprende también la conciencia de otros; vive, respira, siente con otros, identificándose con ellos, y sin embargo, reconociendo su propio centro, abarcando á otros como siendo una con ellos, y no obstante, subsistiendo ella misma. No hay palabras para expresar semejante estado; para conocerlo, hay que experimentarlo. Esta gran expansión produce una unidad hasta entonces desconocida; las divisiones de la tierra no existen, pues nos aproximamos al centro y miramos hacia fuera, sintiendo así la unidad, en lugar de morar en la circunferencia y ver la multiplicidad. Entonces, todo lo que se ha reconocido como servicio para con los que están sobre nosotros y como compasión para los que están debajo, toma un nuevo aspecto, previendo una unidad aún más perfecta: la unidad de aquellos que están más elevados, y que, por lo mismo, realizan su unidad con todo lo de abajo, viendo á la humanidad en la unidad de su naturaleza espiritual, en lugar de verla en la diversidad de sus manifestaciones materiales. Entonces fluye esa compasión que se ve y se reconoce ella misma en cada alma humana, que comprende á todos, y por tanto, auxilia á todos; que siente con todos, y por tanto, puede levantar á todos, que en el más malo y más degradado ve todavía las posibilidades que para ella son realidades efectivas, percibiendo en cada hombre lo que es en realidad, no lo que es en apariencia; percibiéndole cómo será (como nosotros diríamos) en el futuro, cómo *es* eternamente á los ojos de los que saben.

Allí los problemas incomprensibles tienen fácil solución, y las cosas que parecen incognoscibles caen dentro de los límites de lo cognoscible; el hombre, elevándose más y más, encuentra sabiduría mucho más transcendental, poder mucho más vigoroso, amor para abarcarlo todo, hasta que aun para el espíritu libre parece como que no puede subirse más, que no hay ninguna posibilidad más que realizar. Entonces se desenvuelve ante él un mundo aún más poderoso que empequeñece todos los anteriores. Otra etapa se halla aún dentro del límite de la visión humana, al

alcance, no me atrevo á decir del pensamiento humano, pero hasta cierto punto de la aprehensión humana, donde el Nirvana junta todas estas glorias de la humanidad, y donde sus posibilidades son vistas y realizadas y no son ya meros sueños encantadores. La vida más allá de todo lo imaginable es la actividad en la sabiduría y en el poder y amor que transciende á todo lo que es dado concebir á la más fantástica imaginación humana; poderosas jerarquías de inteligencias espirituales, cada una más vasta y maravillosa que la precedente. Lo que aquí parece vida, es muerte comparado con aquella vida; nuestra vista ceguera, y nuestra sabiduría necedad. ¡La Humanidad! ¿Qué tiene que hacer en semejante región? ¿Qué lugar tiene el hombre en un mundo semejante? Y luego — barriéndolo todo, como si dijéramos, desde el corazón mismo del LOGOS, que es Vida y Luz — viene el conocimiento de que ésta es la meta de la peregrinación del hombre, de que ésta es la morada verdadera del hombre, de que este es el mundo á que realmente pertenece, de donde han venido todas las vislumbres que han brillado sobre él en su penosa jornada. Entonces percibe la deslumbrada conciencia que el hombre ha estado viviendo, pasando experiencias y subiendo de lo físico á lo astral, de lo astral á lo devachánico, de lo devachánico á lo samâdhico, de lo samâdhico á lo nirvânico para este fin: para confundirse con el LOGOS de donde procedió, para que su conciencia pueda reconocerse como la reflexión de Aquéllo, como un rayo de Aquéllo. El fin de esta poderosa evolución — el fin de esta etapa de ella, pues el fin definitivo no existe — el fin de esta etapa es que cada uno sea á su vez el LOGOS de un nuevo universo, la duplicación perfecta de la Luz de donde vino, para llevar esta Luz á otros mundos, para construir con ella otro universo. Lo que al hombre espera es ese poderoso crecimiento en el Dios, cuándo se convertirá en la fuente de nueva vida para otros, llevando á otros universos la vida que el mismo contiene.

Pero ¿qué palabras pueden expresar esa visión? ¿Qué pensamiento, aunque resplandezca de mente á mente, puede expresar la más remota imagen de lo que será? Débil é imperfecto tiene que ser el bosquejo; cuán débil é imperfecto, sólo pueden saberlo aquellos ante cuyos ojos se han desarrollado los vastos horizontes de las perspectivas vírgenes de esos años por venir. Débil é imperfecto, en verdad; sin embargo, es un bosquejo, aunque pálido, del porvenir que nos aguarda; es un rayo, aunque opaco, de la gloria que nos será revelada.

ANNIE BESANT

LA FILOSOFÍA SÂNKHYA

POR **BERTRAM KEIGHTLEY**

(CONTINUACIÓN)

LOS CINCO ELEMENTOS GROSEROS

Los cinco elementos groseros son el éter (âkâsha), el aire, el fuego, el agua y la tierra. Existen diferentes opiniones corrientes en los diversos textos respecto á la manera cómo dichos elementos groseros son producidos de los elementos sutiles ó *tanmâtras.* La teoría que al parecer es sustentada por los textos más antiguos, es la siguiente: sin que en modo alguno entren en combinación, sino simplemente impelidos por la energía que emana del *Prakriti*, el *tanmâtra* del sonido desarrolla de sí mismo el elemento grosero éter ó *âkâsha*; de la combinación de los *tanmâtras* del sonido y del tacto es producido el elemento aire; de los tres *tanmâtras* del sonido, tacto y vista (color) procede el fuego; de los tres mencionados, con más el *tanmâtra* del gusto, tenemos el agua; y de la combinación de todos los cinco *tanmâtras* es producida la tierra.

Estos cinco elementos groseros se combinan entre sí para producir el mundo material (que conviene recordar bien, incluye mucho más que nuestro propio plano físico), y actúan en cada uno de sus planos, sosteniendo cada uno de ellos á los cuatro elementos restantes, por la manifestación de su propia cualidad ó propiedad especial. Así, el elemento tierra es la base común en la producción de todos los productos, mientras que el agua humedece y fertiliza, el fuego (esto es, la luz y el calor) madura, el aire seca, y el éter proporciona espacio para todas las cosas, esto es, da á ellas extensión.

Otra teoría tocante á la manera cómo los elementos groseros son producidos de los *tanmâtras* ó elementos sutiles, es la que sigue á continuación: á cada uno de los groseros elementos se le supone compuesto de dieciséis partes, y de estas dieciséis partes, tratándose del éter, por ejem-

plo, ocho están compuestas del *tanmâtra* del sonido, mientras que las otras ocho están compuestas de dos partes formadas por cada uno de los cuatro *tanmâtras* restantes. Así, valiéndonos de *t. s.* para expresar el *tanmâtra* del sonido, de *t. t.*, para el del tacto; de *t. c.*, para el de la vista ó color; de *t. o.*, para el del olor ú olfato, y de *t. g.*, para el del gusto ó sabor, se podría representar de la manera siguiente la composición de los cinco elementos groseros:

Eter = 8 *t. s.* + 2 *t. t.* + 2 *t. o.* + 2 *t. c.* + 2 *t. g.*
Aire = 8 *t. t.* + 2 *t. s.* + 2 *t. o.* + 2 *t. c.* + 2 *t. g.*
Fuego = 8 *t. c.* + 2 *t. t.* + 2 *t. s.* + 2 *t. o.* + 2 *t. g.*
Agua = 8 *t. g.* + 2 *t. t.* + 2 *t. s.* + 2 *t. o.* + 2 *t. c.*
Tierra = 8 *t. o.* + 2 *t. t.* + 2 *t. s.* + 2 *t. c.* + 2 *t. g.*

Esta última teoría es actualmente la más corriente en la India, y por lo tanto, como es de suponer, aquélla á la cual se hace referencia generalmente en las obras escritas en estos últimos tiempos, cuando se menciona la composición de los elementos groseros.

Con esto hemos completado nuestro estudio más detallado de los 25 *tattvas* que constituyen el *Prakriti* ó parte material del universo manifestado, según la filosofía *Sânkhya;* pero antes de dejar esta parte del asunto, bueno será añadir unas pocas palabras con respecto á un punto, al cual se ha hecho alusión más de una vez, pero del cual no se ha tratado todavía de una manera particular. Refiérome á las *vâsanâs* ó tendencias, que pasan ó son transportadas de un nacimiento á otro, y que constituyen colectivamente el fondo del carácter.

(Se continuará).

ALGUNAS DIFICULTADES DE LA VIDA INTERNA

(CONCLUSIÓN)

No hay que desanimarse ante la idea de que este cambio depende del desarrollo, y no puede llevarse á cabo en un momento. El Yo humano no puede por un solo esfuerzo elevarse de la infancia á la virilidad, del mismo modo que ningún cuerpo puede pasar en una noche de la infancia á la madurez. Si esta declaración de la ley del desarrollo produce desalien-

to por considerársela como un obstáculo en el camino de nuestro deseo de perfección repentina, recordemos que el otro aspecto de la declaración es que el desarrollo es seguro, que no puede ser impedido á la larga, y que si la ley rehusa hacer milagros, da, por otra parte, la certeza. Además, podemos apresurar el crecimiento, podemos proporcionar las mejores condiciones posibles para ello, y luego confiar en la ley respecto al resultado. Consideremos los medios que podemos emplear para apresurar el crecimiento que necesitamos, para transferir la actividad de la conciencia desde lo inferior á lo superior.

Lo primero que hay que comprender bien es que la naturaleza de deseos no es nuestro Yo, sino un instrumento modelado por el Yo para su propio uso; y después, que es un instrumento de lo más valioso, que sólo ha sido mal manejado. El deseo, la emoción es el motivo-poder en nosotros, y se halla siempre entre el pensamiento y la acción. La inteligencia ve pero no impulsa, y un hombre sin deseos ni emociones sería un mero espectador de la vida. El Yo tiene que haber desenvuelto algunos de sus poderes más elevados antes de que sea capaz de prescindir del uso de los deseos y emociones; para los aspirantes, la cuestión está en el cómo usar de ellos en lugar de ser por ellos dominado; cómo disciplinarlos, no cómo destruirlos. No podemos dejar de «desear» para alcanzar lo superior, puesto que sin este deseo no podremos progresar. Somos retenidos, porque queremos unirnos con objetos transitorios, mezquinos y estrechos; ¿no podremos impulsarnos hacia adelante por el deseo de unirnos con lo permanente, lo noble y lo amplio? Meditando así, vemos que lo que necesitamos es cultivar las emociones y dirigirlas de un modo que puedan purificar y ennoblecer el carácter. La base de todas las emociones del lado del progreso es el amor, y éste es el poder que debemos cultivar. George Eliot dijo muy bien: «La primera condición de la bondad humana es algo que amar; la segunda algo que reverenciar.» Ahora bien; la reverencia es tan sólo amor dirigido á un superior, y el aspirante debe buscar uno más avanzado que él á quien poder dirigir su amor y reverencia. Dichoso el hombre que puede encontrar semejante ser que busca, pues el encontrarle le proporciona la condición más importante para convertir la emoción de una fuerza retardadora del progreso, en impulsora del mismo, y para obtener el poder necesario para «querer» aquello que sabe es lo mejor. No podemos amar sin tratar de agradar, y no podemos reverenciar sin sentir alegría en la aprobación de aquel á quien reverenciamos. De

aquí proviene un estímulo constante para mejorarnos, para formar el carácter, para purificar la naturaleza, para vencer todo lo bajo que hay en nosotros, para luchar por todo aquello que es digno. Nos encontramos espontáneamente «queriendo» alcanzar un ideal elevado y el gran motivo-poder es enviado por los canales que la mente ha abierto para él. No hay medio más seguro y más eficaz de utilizar la naturaleza de deseos que la formación de tales lazos; la reflexión en el mundo inferior de aquel lazo perfecto que une el discípulo al Maestro.

Otro modo útil para estimular la naturaleza de deseos como fuerza elevadora, es buscar la compañía de los que están más avanzados que nosotros en la vida espiritual. No es necesario que nos enseñen oralmente, ó que nos hablen. Su presencia misma es una bendición que armoniza, que eleva, que inspira. Respirar su atmósfera, sentirse rodeado de su magnetismo, ser sugerido por sus pensamientos, son cosas que nos ennoblecen, sin que tengamos conciencia de ello. Damos demasiado valor á las palabras y despreciamos indebidamente las fuerzas sutiles silenciosas del «yo», las cuales «suave y potentemente ordenando todas las cosas» crean dentro del turbulento caos de nuestra personalidad las bases seguras de la paz y de la verdad.

Menos potente, pero también segura, es la ayuda que puede obtenerse leyendo algún libro que haga vibrar alguna nota noble de la vida, ya sea porque presente un gran ideal, ó muestre un carácter inspirador para nuestro estudio. Libros como el *Bhagavat Gîta, La Voz del Silencio, La Imitación de Cristo*, son de las más poderosas entre tales ayudas para la naturaleza de deseos. Somos aptos para leer demasiado exclusivamente al objeto de adquirir conocimientos, y abandonamos la fuerza formadora que el pensamiento elevado á grandes ideales puede ejercer en nuestras emociones. Es una costumbre útil leer todas las mañanas algunas sentencias de libros tales como los mencionados, y conservar estas sentencias con nosotros durante el día, creando de este modo á nuestro alrededor una atmósfera que para nosotros es protectora, y beneficiosa para todos aquéllos con quienes nos ponemos en contacto.

Otra cosa absolutamente necesaria es la meditación diaria: una media hora tranquila por la mañana antes de principiar el tumulto del día, durante la cual nos apartemos de un modo deliberado de la naturaleza inferior, la reconozcamos como un instrumento y no como nuestro «yo», y colocándonos en el centro de la conciencia más alta que podamos alcan-

zar, tratemos de sentirla como nuestro verdadero «yo». «Aquello que es Ser, Dicha y Conocimiento, eso soy yo. Vida, Amor y Luz, eso soy yo». Pues nuestra naturaleza esencial es divina, y el esfuerzo para comprenderla ayuda á su crecimiento y manifestación. Pura, sin pasiones, llena de paz, es «la Estrella que brilla dentro», y la Estrella es nuestro Yo. No podemos aún morar permanentemente en la Estrella, pero al tratar diariamente de elevarnos hasta ella, algunos reflejos de su radiación iluminan el ilusorio «yo», hecho de las sombras entre las cuales vivimos. A esta contemplación ennoblecedora y otorgadora de paz de nuestro destino divino, podemos propiamente elevarnos, adorando con la devoción más ferviente de que seamos capaces — si somos lo suficientemente afortunados para sentir semejante devoción — al Padre de los mundos y al Hombre Divino á quien reverenciamos como Maestro. Descansando en este Hombre Divino como el Protector y Amante de todos los que tratan de elevarse — llámesele Buddha, Cristo, Shrî Krishna, Maestro, lo que se quiera — podremos atrevernos á elevar nuestros ojos al Uno, de Quien venimos y hacia Quien vamos, y en la confianza de la realizada filiación, murmurar: «Yo y el Padre somos Uno.» «Yo soy Aquéllo».

Una de las más penosas dificultades con que el aspirante tiene que luchar, se origina en el flujo y reflujo de sus sentimientos, los cambios en la atmósfera emocional á través de la cual se ve el mundo externo, así como su propio carácter con sus poderes y sus debilidades. Encuentra que su vida consiste en una serie de estados de conciencia siempre variables, de condiciones alternas de pensamiento y sentimiento. Unas veces se encuentra rebosando vida, otras presa de mortal inquietud; ahora está alegre, después abatido; una vez comunicativo, otra seco y reservado; en ocasiones ansioso, en ocasiones indiferente; ora abnegado, ora frío; ya lleno de aspiraciones, ya presa de letargo. Sólo es constante en su mutabilidad y persistente en su variación. Y lo peor de todo es que no puede atribuir estos efectos á causas bien definidas; «van y vienen fugazmente», y son tan poco estables como los vientos de verano. ¿Por qué era ayer la meditación fácil, uniforme y fructífera? ¿Por qué es hoy difícil, irregular y estéril? ¿Por qué esta noble idea le llenó de entusiasmo hace apenas una semana, y ahora, sin embargo, le deja frío? ¿Por qué se sentía rebosando amor y devoción hace pocos días, y ahora se encuentra vacío, mirando su ideal con ojos fríos é indiferentes? Los hechos son patentes,

pero la explicación se le escapa; parece estar á merced de la casualidad, haberse deslizado fuera del reino de la ley.

Esta misma incertidumbre constituye lo amargo de su angustia. Lo que se comprende es siempre manejable, y cuando encontramos la causa de un efecto, hemos adelantado muchísimo en el camino de llegar á dominarlo. Todos nuestros sufrimientos más agudos encierran este constituyente de la incertidnmbre: somos impotentes porque somos ignorantes. La incertidumbre de nuestros estados emocionales es lo que nos aterroriza, porque no podemos guardarnos de aquello que no podemos prever. ¿Cómo, pues, podemos llegar á un punto en que estos estados de ánimo no hagan presa en nosotros; una roca sobre la cual podamos estar mientras las olas se agitan á nuestro alrededor?

El primer paso hacia el punto de equilibrio lo damos cuando reconocemos el hecho — aun que esta declaración suene algún tanto brutal — de que nuestros estados de ánimo no importan nada. No hay una relación constante entre nuestro progreso y nuestros sentimientos; no es que necesariamente avancemos cuando el flujo de las emociones nos hace dichosos, ni que retrocedamos cuando su reflujo nos sume en el sufrimiento. Estos cambiantes estados de ánimo es una de las lecciones que la vida nos aporta, para que aprendamos á distinguir entre el Yo y el no-Yo y lleguemos á comprender que somos el Yo. (*Self* — Yo Superior — N. del T.) El Yo (superior) no cambia, y lo que cambia no es nuestro Yo, sino una parte del medio que envuelve al Yo y dentro del cual se mueve. Esa ola que pasa sobre nosotros no es Yo, sino sólo una manifestación pasajera del no-Yo. «Que se agite y se lance, que se cubra de espuma, ese no soy yo.» Que la conciencia se penetre de esta verdad aunque sólo sea un momento, y la ola perderá su fuerza y se sentirá la róca firme bajo los pies. Retirándonos de las emociones, ya no las sentimos como parte de nosotros mismos, y al cesar, de este modo, de verter en ellas nuestra vida como una expresión propia, rompemos la conexión que las convertía en un canal de sufrimiento. Este apartamiento de la conciencia puede facilitarse mucho, si en nuestros momentos de reposo tratamos de comprender y de atribuir á sus verdaderas causas estas penosas alternativas de emociones. Por lo menos de este modo podemos librarnos de una parte de la impotencia y perplejidad que, como hemos dicho, son debidas á la ignorancia.

Estas alternativas de dicha y de abatimiento son, en primer término,

manifestaciones de la ley de periodicidad ó ley del ritmo que guía al universo. La noche y el día alternan en la vida física del hombre, como la dicha y el abatimiento en su vida emocional. Tal como existe el flujo y reflujo en el Océano, así existe el flujo y reflujo en los sentimientos humanos. En el corazón humano hay mareas así como en los asuntos de los hombres y así como en el mar. La dicha sucede al pesar y el pesar á la dicha, tan seguramente como la muerte sucede al nacimiento y el nacimiento á la muerte. Esto no es tan sólo la teoría de una ley, sino también un hecho que atestiguan todos aquellos que han adquirido experiencia en la vida espiritual. En la famosa *Imitación de Cristo* se dice que el pesar y el consuelo alternan así, y que «esto no es nada nuevo ni extraño para aquellos que tienen experiencia de las cosas de Dios; pues los grandes santos y antiguos profetas pasaban á menudo por la experiencia de tales vicisitudes..... Si los grandes santos eran así tratados, nosotros que somos débiles y pobres, no debemos desesperar, si á veces nos sentimos ansiosos y otras fríos... Jamás he visto á nadie, por devoto y religioso que fuera, que no haya sufrido algunas veces una ausencia de la gracia, ó sentido algún enfriamiento en su celo.» (Lib. II, IX, 4, 5, 7). Una vez reconocida esta alternativa de estados de ser, como el resultado de una ley general, como una manifestación especial de un principio universal, nos será posible utilizar este conocimiento como un aviso y un estímulo. Podemos estar pasando por un período de gran iluminación espiritual, cuando todo parece fácil de llevar á cabo, cuando el resplandor de la devoción derrama su gloria sobre la vida, y cuando poseemos la paz de la comprensión segura de las cosas. Semejante estado envuelve muchas veces un gran peligro, porque su misma dicha nos adormece en una seguridad descuidada, é impulsa el desarrollo de cualquier resto de gérmenes de la naturaleza inferior. En semejantes momentos es muchas veces útil el recordar períodos pasados de dolores, á fin de que la dicha no se convierta en engreimiento, ni el goce conduzca al apego del placer; equilibrando la dicha del presente con el recuerdo de las penas pasadas y la previsión tranquila de otras penas en el porvenir, alcanzamos el equilibrio y encontramos un punto medio de reposo; entonces podemos obtener todas las ventajas que se derivan de aprovechar cualquier oportunidad de progreso, sin el riesgo de deslizarnos hacia atrás á causa de un triunfo prematuro. Cuando viene la noche y toda la vida se ha retirado como la marea; cuando nos sentimos fríos é indiferentes sin cuidarnos de todo aquello que

antes nos atraía, entonces, conociendo la ley, podemos decir tranquilamente: «Esto también pasará á su vez; la luz y la vida tienen que volver y el antiguo amor arderá resplandeciente de nuevo.» Nos negamos á sentirnos indebidamente abatidos en la obscuridad, como nos negamos á sentirnos indebidamente engreídos en la luz; equilibramos una experiencia con la otra, arrancando la espina del dolor presente con el recuerdo de la dicha pasada y la previsión de la futura; aprendemos á recordar el dolor en la dicha, y la dicha en el dolor, hasta que ni el uno ni el otro puedan hacer que el alma pierda pie. De este modo principiamos á elevarnos sobre los estados inferiores de la conciencia, en los cuales somos lanzados de un extremo á otro, y á obtener el equilibrio que se llama yoga. De este modo la existencia de la ley se convierte para nosotros, no en una teoría, sino en una convicción, y gradualmente aprendemos algo de la paz del Yo.

Es también conveniente para nosotros el comprender que el modo como nos defendamos y vivamos en esta experiencia de obscuridad é inercia, es una de las pruebas más seguras de la evolución espiritual. «¿Qué hombre mundano no quisiera recibir dicha y consuelo espirituales si los pudiera tener siempre? Pues el consuelo espiritual excede á todos los goces del mundo y á todos los placeres de la carne..... Pero ningún hombre puede gozar siempre estos divinos consuelos con arreglo á sus deseos; pues el día de la prueba no está nunca muy lejos..... ¿Ha de llamarse mercenarios á todos los que buscan siempre el consuelo?.... ¿Dónde está aquél que esté dispuesto á servir á Dios por nada? Rarísima vez se ve á alguno tan espiritual que haya sufrido la pérdida de todas las cosas.» (Lib. II, X, 1; XI, 8, 4). Los gérmenes sutiles del egoísmo persisten por largo tiempo en la vida del discípulo, aunque entonces imitan en su crecimiento la semejanza de las virtudes y ocultan la serpiente del deseo bajo la hermosa flor de la beneficencia ó de la devoción. Pocos hay, verdaderamente, que sirvan por nada, que hayan arrancado la raíz del deseo en lugar de tan sólo las ramas que se extendían sobre el suelo. Muchos que han probado los goces sutiles de la experiencia espiritual, encuentran en ellos su recompensa por los placeres más groseros á que han renunciado; y cuando la aguda prueba de la obscuridad espiritual les cierra el camino, y tienen que penetrar en esta obscuridad sin amigos y aparentemente solos, entonces aprenden, por medio de la amarga y humillante lección de la desilusión, que han estado sirviendo á su ideal mediante sa-

lario y no por amor. Afortunados seremos si podemos estar tan alegres en la obscuridad como en la luz por la fe firme, ya que no todavía por la visión; en aquella Llama que por siempre arde dentro; en Aquello de cuya luz jamás podemos estar separados, pues es, en realidad, nuestro Ser mismo. Insolventes del Tiempo tendremos que ser antes que sea nuestra la fortuna de lo Eterno, y sólo cuando los vivientes nos hayan abandonado es cuando aparece la Visión de la Vida.

Otra dificultad que llena de pasmosa perplejidad y abatimiento al aspirante, es la espontánea presencia de pensamientos y deseos incongruentes con su vida y su objetivo. Cuando desea contemplar lo Santo, la presencia de lo impío se introduce; cuando quisiera contemplar la radiante faz del Hombre Divino, la máscara del sátiro le mira de reojo en su lugar. ¿De dónde viene este tropel de formas del mal que pululan á su alrededor? ¿De dónde esos refunfuños y cuchicheos, como de demonios, que suenan en su oído? Le llenan de repulsión, y sin embargo, parecen ser suyos; ¿es posible que él sea realmente el padre de este hediondo enjambre? En este punto, también el comprender la causa que obra puede quitar al efecto su punzada venenosa, y librarnos de la impotencia debida á la ignorancia. Es cosa corriente en la enseñanza teosófica que la vida se reviste de formas, y que la energía de vida que se exhala del aspecto conocimiento del Yo, moldea la materia del plano mental en formas de pensamiento. Las vibraciones que afectan al cuerpo mental determinan los materiales que entran en su composición, y estos materiales cambian lentamente con arreglo á los cambios en las vibraciones que se emiten. Si la conciencia cesa de funcionar en un sentido determinado, los materiales que respondían á este funcionamiento pierden gradualmente su actividad, convirtiéndose finalmente en materia estéril y siendo expulsada del cuerpo mental. Sin embargo, interviene un número considerable de estados entre la completa actividad de la materia que constantemente responde á los impulsos mentales, y su inercia final cuando está á punto de ser expulsada. Hasta que no se llegue al último estado, es capaz de volver de nuevo á la actividad por medio de impulsos mentales, ya de adentro ya de afuera; y mucho tiempo después que el hombre ha cesado de prestarles energía, por haberse sobrepuesto al estado que tal materia representa, puede ser puesta en vibración activa, como un pensamiento vivo, por una influencia completamente externa. Por ejemplo: un hombre ha logrado purificar sus pensamientos de la sensualidad, y su mente no engendra

ya más ideas impuras, ni tiene placer en contemplar imágenes de esta clase. La materia grosera que en el cuerpo mental y en el astral vibra bajo tales impulsos, no es ya vivificada por él, y las formas de pensamiento creadas primeramente por él, están moribundas ó muertas. Pero encuentran á alguien en quien estas cosas están en actividad, y las vibraciones que expide reaniman las moribundas formas de pensamiento, prestándoles una vida artificial temporal; levántanse como si fuesen los propios pensamientos del aspirante, presentándose como los hijos de su mente, y él no sabe que sólo son cadáveres de su pasado, reanimados por la magia perniciosa de la propincuidad impura. El contraste mismo que presentan á su mente purificada, aumenta la penosa tortura de su presencia, como si un cadáver fuese encadenado á un vivo. Pero cuando conoce su verdadera naturaleza, pierden su poder de atormentar. Puede mirarlos tranquilamente como restos de su pasado, de manera que cesan de envenenar su presente. Sabe que la vida en ellos es ficticia y que no proviene de él, y puede «esperar, con la paciencia del que confía, la hora en que ya no puedan volver á afectarlo.»

Algunas veces, en el caso de una persona que está haciendo rápidos progresos, esta revivificación temporal es causada deliberadamente por aquellos que tratan de retardar su evolución, aquellos que se oponen á la Buena Ley. Pueden enviar una fuerza de pensamiento calculada para que despierte en loca actividad los moribundos fantasmas, con el determinado propósito de angustiar, aun cuando el aspirante se halle ya fuera del alcance de la tentación en este sentido. En este caso también cesa la dificultad cuando se sabe que los pensamientos derivan su energía de afuera y no de adentro; cuando puede decir tranquilamente á la surgiente multitud de endemoniados atormentadores: «No sois míos, no sois una parte de mí; vuestra vida no proviene de mi pensamiento. Antes de mucho estaréis muertos, fuera de toda posibilidad de resurrección, y mientras tanto, no sois más que fantasmas, sombras que fueron una vez mis enemigas.»

Otra fuente fructífera de turbación es el gran mágico, el Tiempo, maestro de la ilusión. Nos impone un sentimiento de intranquilidad, de apresuramiento, enmascarando la unidad de nuestra vida con los velos de los nacimientos y muertes. El aspirante exclama ansiosamente: «¿Cuánto puedo hacer, qué progresos puedo verificar durante mi vida presente?» No existe eso de «vida presente»; no hay más que una vida, pasada y

futura, con el momento siempre cambiante que es su punto de reunión. á un lado vemos el pasado, al otro el porvenir, y en sí es tan invisible como el pequeño punto de tierra que con nuestra planta ocupamos; No hay más que una vida, sin principio ni fin, la vida sin edad, sin tiempo, y nuestras divisiones arbitrarias de la misma por los continuos accidentes de nacimientos y muertes que nos engañan y aprehenden. Estas son trampas preparadas al Yo por la naturaleza inferior que quisiera hacer presa en el Alado Inmortal que se extravía en sus cenagosas sendas. Esta ave del paraíso es cosa tan bella cuando sus plumas principian á crecer, que todos los poderes de la naturaleza se enamoran de ella y le ponen lazos para aprisionarla; y de todas estas asechanzas, la ilusión del Tiempo es la más sutil.

Cuando una visión de la verdad se presenta tarde en una vida física, esta desanimación que hace relación al tiempo, suele sentirse profundamente. «¡Soy demasiado viejo para principiar; si hubiese conocido esto en mi juventud!», es la exclamación. Sin embargo, en verdad, el sendero es uno, como la vida es una, y todo el sendero hay que andarlo en la vida; ¿qué importa, pues, que una etapa del sendero sea andada ó no durante cierta época de una vida física? Si *A* y *B* han de tener una vislumbre de la Realidad dentro de dos años, ¿qué importa que *A* tenga entonces setenta años, mientras que *B* sea un joven de veinte? *A* volverá y empezará de nuevo su obra en la tierra, quizá en ocasión en que *B* sea viejo, y cada uno de ellos pasará muchas veces por la niñez, la juventud y la vejez del cuerpo, al viajar por las sucesivas etapas del sendero de la vida. El anciano que «tarde en la vida», como hemos dicho, principia á aprender las verdades de la Antigua Sabiduría, en lugar de lamentarse por su edad y decir, «cuán poco puedo hacer en el tiempo que me queda», debe decir: «qué buen cimiento puedo echar para mi próxima encarnación, gracias á lo que ahora aprendo de la verdad.» Nosotros no somos esclavos del Tiempo, sino cuando nos humillamos ante su imperiosa tiranía y le dejamos vendar nuestros ojos con sus velos de nacimientos y muertos. Somos siempre nosotros mismos, y podemos avanzar resueltamente á través de las mudables luces y sombras proyectadas por su linterna mágica sobre la vida, que él no puede envejecer. ¿Por qué se representa á los Dioses eternamente jóvenes, sino para recordarnos que la verdadera vida corre fuera de toda influencia del Tiempo? Tomamos alguna de la fuerza

y de la calma de la Eternidad cuando tratamos de vivir en ella, escapando de las asechanzas del gran encantador.

Muchas otras dificultades encontrará el aspirante en el sendero cuesta arriba, al tratar de subirlo; pero una voluntad resuelta y un corazón devoto, iluminado por el conocimiento, las vencerá todas por fin, alcanzando la Meta Suprema. Apoyarse en la Ley, es uno de los secretos de la paz. Confiar absolutamente en ella en todo tiempo, y más aún cuando la obscuridad desciende. Ningún alma que aspira dejará nunca de levantarse; ningún corazón que ame puede ser abandonado jamás. Las dificultades existen tan sólo para que, dominándolas, nos hagamos fuertes, y sólo aquellos que han sufrido pueden salvarlas.

ANNIE BESANT.

CLARIVIDENCIA

(CONTINUACIÓN)

4. *Viajando en el cuerpo astral.* — En este punto entramos en una variedad completamente nueva de la clarividencia, en la cual la conciencia del vidente no permanece en el cuerpo físico ni está muy relacionada con éste, sino que definidamente es transferida á la escena que se examina. Aun cuando es indudable que envuelve peligros mayores para el vidente inexperto que cualquiera de los métodos antes descritos, es, sin embargo, la forma más satisfactoria de clarividencia que puede presentársele, pues la variedad inmensamente superior que trataremos bajo la denominación 5.ª no es asequible sino para estudiantes especialmente ejercitados.

En este caso, el cuerpo del hombre ó bien está dormido ó en estado de *trance*, y por tanto sus órganos no están en estado de funcionar mientras dura la visión; de suerte que la descripción de lo que se ve y toda pregunta respecto de los demás particulares tienen que supenderse hasta que el viajero vuelve á este plano. Por otra parte, la vista es mucho más completa y perfecta; el hombre oye tan bien como ve todo lo que pasa á su alrededor, y puede moverse á voluntad dentro de los amplísimos límites del plano astral. Puede ver y estudiar con comodidad todos los demás habitantes de este plano, de suerte que el gran mundo de los espíritus de la na-

turaleza (del cual sólo es una pequeñísima parte la tierra tradicional de las hadas) hállase abierto ante él y hasta el de algunos de los Devas inferiores.

Tiene también la inmensa ventaja de poder tomar parte, por decirlo así, en las escenas que se presentan á su vista, de conversar á voluntad con estas diversas entidades astrales, de las cuales puede recibir tantos informes curiosos é interesantes. Si además de esto puede aprender la manera de materializarse (cosa que no le será muy difícil una vez que ha adquirido la maña) podrá tomar parte en los sucesos físicos ó en las conversaciones que pasan á distancia, y mostrarse á voluntad á sus amigos ausentes.

Tiene también además, la facultad de poder buscar lo que necesita. En los casos anteriores, para todos los objetos prácticos, sólo podía encontrar una persona ó un lugar cuando los conocía, ó cuando se le ponía en relación con ellos, tocando algo relacionado físicamente con los mismos, como en la psicometría. Es verdad que en el tercer método es posible cierto movimiento, pero el proceso es muy fastidioso excepto para distancias muy cortas.

Con el uso del cuerpo astral, un hombre puede ir á todos lados libremente y con rapidez, y puede, por ejemplo, encontrar cualquier punto que se señale en un mapa, sin haber tenido conocimiento previo del lugar ni objeto alguno para establecer relación con él. Puede también elevarse á cualquier altura en el aire, de suerte que pueda contemplar á vista de pájaro el país que está examinando, de manera que pueda observar su extensión, el contorno de sus costas ó su carácter general. A la verdad, por todos conceptos, sus poderes y su libertad son muchísimo mayores cuando emplea este método, que usando cualquiera de los anteriores.

Un buen ejemplo de la completa posesión de este poder se nos muestra, bajo la autoridad del escritor alemán Jung Stilling, por Mrs. Growe en *The Night Side of Nature* (pág. 127). Se refiere la historia de un vidente que residía en los alrededores de Filadelfia en América. «Sus costumbres eran morigeradas y hablaba poco; era grave, benévolo y piadoso, y no se sabía nada en contra de su carácter, excepto que tenía la reputación de poseer algunos secretos que no eran considerados completamente *legales*. Se contaban de él muchas historias extraordinarias y entre ellas la siguiente:

«La esposa del capitán de un barco (cuyo marido se hallaba en un viaje

á Europa y á África) llena de ansiedad por su suerte, fué inducida á dirigirse á esta persona. Habiendo oído su relato, le rogó que le dispensase un momento, que necesitaba para traerle las noticias que deseaba. Él pasó entonces á una habitación interior y ella le esperó; pero como su ausencia se prolongase más de lo que ella esperaba, empezó á impacientarse, creyendo que la había olvidado, y acercándose silenciosamente á la puerta, miró por alguna hendidura, y con sorpresa suya le vió tendido en un sofá tan inmóvil como si estuviera muerto. Ella, por supuesto, no creyó prudente despertarlo, sino que esperó á que volviera; entonces la dijo que su esposo no había podido escribirle por tales y cuales razones, pero que se encontraba en aquel momento en un café en Londres, y que muy pronto emprendería el viaje de regreso.»

«Efectivamente, pronto volvió, y su esposa supo por él que las causas de su desusado silencio habían sido precisamente las que el hombre le había dicho, por lo que sintió gran deseo de asegurarse de la verdad de las demás noticias. En esto fué satisfecha, porque tan pronto como el capitán vió al mago, dijo que le había visto en Londres en un café, y que le había dicho que su esposa estaba muy inquieta por su causa, y que entonces él le había referido cómo no había podido escribir, añadiendo que estaba en vísperas de salir para América. Entonces perdió de vista al desconocido entre la multitud y no volvió á saber de él».

Por supuesto, no tenemos los medios de saber qué pruebas tenía Jung Stilling de la verdad de esta historia, aunque él declara que está perfectamente satisfecho de la autoridad que le garantiza la verdad del relato. El vidente, como quiera que sea, debió haber desarrollado esta facultad por sí mismo ó la había aprendido en alguna escuela distinta de la que nosotros tomamos la mayor parte de nuestros informes teosóficos; pues en nuestro caso existen reglas bien entendidas que prohiben expresamente al discípulo presentar manifestación alguna de un poder que puede probarse de un modo definido y completo, y constituir así lo que se llama «un fenómeno». Que estas reglas son admirablemente sabias, es cosa conocida por todos los que están enterados de la historia de nuestra Sociedad, por los desastrosos resultados que siempre siguieron á las menores infracciones de tales reglas.

He presentado algunas casos, en mi pequeño tratado *Los Protectores Invisibles*, muy semejantes al referido. Mr. Stead en *Real Ghost Stories*, presenta el ejemplo de una señora que me es muy conocida, y que fre-

cuentemente se aparece de este modo á sus amigos á distancia; y Mr. Andrew Lang, en su *Dreams and Ghosts* (pág. 89), hace el relato de cómo Mr. Cleave, que se hallaba entonces en Portsmouth, se apareció intencionalmente en dos ocasiones á una señorita en Londres, y la alarmó considerablemente. En resumen, existe una gran abundancia de pruebas para todo el que quiera estudiar el asunto seriamente.

Cuando á la proximidad de la muerte los principios (constituyentes del hombre) se aflojan, estas visitas astrales intencionales parece que á menudo se hacen posibles para gentes que en otras ocasiones no han podido hacer tal proeza. De esta clase hay aún más ejemplos que de la otra. Expondré uno de ellos, bastante interesante, referido por Mr. Andrew Lang en la pág. 100 de *Dreams and Ghosts*, ejemplo del cual él mismo dice: «Pocas historias tienen tan buen testimonio á su favor como ésta.»

«María, esposa de John Goffe de Rochester, padecía una larga enfermedad, y se trasladó á la casa de su padre en West-Malling, á unas nueve millas de la suya.»

»El día antes de su muerte sintió grandes é impacientes deseos de ver á sus dos hijos, que había dejado en su casa al cuidado de una nodriza. Estaba demasiado enferma para poder ser trasladada, y entre una y dos de la mañana cayó en una especie de *trance*. La viuda de un tal Turner, que la cuidaba aquella noche, dice que sus ojos estaban abiertos y fijos, y caída la mandíbula. La Sra. Turner le puso la mano en la boca, pero no pudo percibir aliento alguno. Creyó que le había dado un accidente, y empezó á dudar de si estaría muerta ó viva. »

»A la mañana siguiente la moribunda contó á su madre que había estado en su casa con sus hijos, diciéndole: 'Anoche, mientras dormía, estuve con ellos.'

»La nodriza en Rochester, llamada viuda de Alejandro, afirma que un poco antes de las dos de aquella mañana, vió la aparición de la referida María Goffe salir de la habitación próxima (donde la niña mayor dormía sola), quedando la puerta abierta y acercarse á su cama, en la que también estaba la otra niña, permaneciendo junto á ésta cosa de un cuarto de hora. La nodriza dice además que ella estaba perfectamente despierta, y que era de día, por ser uno de los días más largos del año. Se sentó en la cama y miró fijamente la aparición. En este momento oyó que daban las dos en el reló, y un poco después dijo: 'En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¿quién eres tú?' Entonces la aparición echó á andar

y se marchó; vistióse apresuradamente y la siguió, pero no pudo averiguar lo que había sido de ella.»

Aparentemente la nodriza se atemorizó más por su desaparición que con su presencia, pues después de esto tuvo miedo de permanecer en la casa, y pasó todo el tiempo hasta las seis de la mañana paseando arriba y abajo por fuera. Cuando los vecinos se despertaron les refirió lo que le había sucedido, y ellos, por supuesto, le dijeron que había soñado todo aquello; ella, naturalmente, rechazaba con calor tal idea, pero no pudo conseguir que la creyeran hasta que se supo el otro aspecto de la historia en West-Malling, y entonces la gente principió á admitir que realmente podía haber algo de verdad en lo que refería.

Otra circunstancia notable de esta historia es que la madre tuvo necesidad de pasar del estado de sueño ordinario al más profundo del estado de *trance*, antes de poder visitar conscientemente á sus hijas; sin embargo, vénse ejemplos análogos aquí y allí entre los muchos de esta especie que se encuentran en la literatura que al asunto se refiere.

El hombre que posee por completo este tipo de clarividencia, tiene á su disposición muchas y grandes ventajas, aun además de las que ya se han mencionado. No sólo puede visitar sin trabajo ni gasto alguno todos los lugares bellos y famosos del mundo, sino que si se trata de un hombre erudito ¡calcúlese lo que será para él el tener libre entrada en todas las bibliotecas del mundo! ¿Qué será para el hombre científico el ver funcionando ante sus propios ojos muchos procedimientos de la química oculta de la naturaleza; para el filósofo el serle reveladas tantas cosas más que antes sobre los grandes misterios de la vida y de la muerte? Para él todos los que han marchado de este plano, ya no están muertos, sino vivos y á su alcance durante mucho tiempo; para él han cesado de ser cosas de fe muchos conceptos de la religión que se han cambiado en conocimientos propios. Sobre todo, puede unirse al ejército de auxiliares invisibles, y ser realmente útil en gran escala. Indudablemente, la clarividencia, aun limitada al plano astral, es un gran dón para el estudiante.

Ciertamente tiene también sus peligros, en especial para los no ejercitados; peligros por ciertas entidades de varias clases, que pueden aterrorizar ó hacer daño á aquellos que pierden el valor para hacerles frente; peligros de decepciones de todas clases, de comprender mal é interpretar erróneamente lo que ven, siendo el mayor de todos el infatuarse y creer

imposible equivocarse. Pero un poco de sentido común y un poco de experiencia, bastará para guardar á un hombre de este último.

5. *Viajando en el Mâyâvirûpa.* —Esta es, sencillamente, una forma más elevada, y por decirlo así, más gloriosa de esta última clase de clarividencia. El vehículo que se emplea no es ya el cuerpo astral, sino un sustituto fabricado para el caso con la substancia del cuerpo mental del vidente; vehículo, que por lo tanto pertenece al plano mental y que encierra en sí todas las potencialidades del maravilloso sentido devachánico, que es la síntesis de todas los sentidos, tan transcendente en su acción, y sin embargo, tan imposible de describir. El hombre que funciona en tal vehículo, deja tras sí su cuerpo astral igualmente que el físico, y si desea mostrarse en el plano astral por alguna circunstancia, no acude para ello á su propio cuerpo astral, sino que por medio de un acto propio se construye uno para el momento.

La inmensa ventaja que se obtiene con la adquisición de este poder es la facultad de entrar en toda la gloria y hermosura de la región superior de la dicha, y la posesión, aun cuando se actúe en el plano astral, de un sentido mucho más comprensivo, que le abre perspectivas de conocimientos maravillosos, y prácticamente hace imposible el error. Este vuelo, superior, sin embargo, se halla al alcance sólo del hombre ejercitado, puesto que la construcción del mâyàvirûpa necesita, la primera vez, de la ayuda de un Maestro competente.

Antes de abandonar el asunto de la clarividencia completa é intencional, será conveniente que dediquemos unas cuantas palabras á contestar una ó dos preguntas respecto de sus limitaciones, que constantemente se ocurren á los estudiantes. ¿Es posible, se nos pregunta á menudo, que el vidente encuentre cualquier persona con quien desee comunicarse en cualquir parte del mundo, ya se halle entre los vivos, ya entre los muertos?

La contestación debe ser condicionalmente afirmativa: Sí; es posible encontrar cualquier persona, si el experimentador puede, de algún modo, ponerse en relación con esa persona. Sería inútil sumergirse vagamente en el espacio para encontrar una persona completamente extraña entre los millones que nos rodean, sin ninguna clase de clave; pero, por otra parte, bastaría ordinariamente para el éxito una ligera clave.

Si el clarividente sabe algo acerca de la persona que busca, no tendrá dificultad en encontrarla, pues cada hombre tiene lo que pudiera llamarse

una cuerda musical propia, una cuerda que es su expresión como un todo, resultante, quizá, de una especie de término medio de los grados de vibración de todos sus diferentes vehículos en sus planos respectivos. Si el operador sabe cómo distinguir esta cuerda y tocarla, atraerá por vibración simpática, la atención de las personas de un modo instantáneo y donde quiera que esté, despertando en él una respuesta inmediata.

Que el hombre pertenezca á los vivos ó que haya muerto recientemente no hace diferencia alguna, y la clarividencia de la quinta clase puede encontrarlo desde luego aun entre los incontables millones del estado devachánico, aunque en este caso el hombre estaría inconsciente de que se hallaba bajo observación. Naturalmente, un vidente, cuya conciencia no pasase más allá del plano astrel — y que, por tanto, emplease uno de los métodos anteriores de videncia — no podría en modo alguno encontrar una persona en el plano devachánico; sin embargo, aun así podría al menos decir que la persona que buscaba *estaba* en aquel plano, por el mero hecho de que el toque de la cuerda hasta en el nivel astral no producía respuesta alguna.

Si el hombre que se buscase fuese desconocido del investigador, este último necesitaría de algo que tuviese relación con él y que le sirviese de clave — una fotografía, una carta escrita por él, una prenda suya que estuviese impregnada de su magnetismo personal; —cualquiera de estas cosas sería lo bastante en manos de un vidente práctico.

De nuevo repito, que no por esto debe suponerse que los discípulos que han sido enseñados á emplear este arte, están en libertad de establecer una especie de oficina de inteligencia astral, por medio de la cual puedan obtenerse comunicaciones con parientes perdidos ó ausentes. Un mensaje del lado de acá, de esta naturaleza, podría ó no ser llevado, según las circunstancias, pero pudiera no traerse ninguna respuesta porque resultaría ser de los llamados fenómenos, algo que en el plano físico podría probarse ser un acto de magia.

Otra pregunta que se hace á menudo, es si en la acción de la vista psíquica hay alguna limitación por la distancia. La contestación parece que debe ser que no hay más límite que el de los planos respectivos. Debe tenerse presente que los planos astral y devachánico de nuestra tierra son tan definidamente suyos como lo es su atmósfera, aun cuando se extienden mucho más (aun considerándolos bajo el aspecto de nuestro espacio, de tres dimensiones) que el aire físico. Por consiguiente, ni el paso á

otros planetas ni la vista detallada de los mismos, sería posible para cualquier sistema de clarividencia relacionado con estos planos. *Es* muy posible y fácil por lo que respecta á nuestra propia cadena de mundos para el hombre que puede elevar su conciencia al plano búddhico, pero esto está fuera de nuestro presente asunto.

Sin embargo, puede obtenerse mucha información adicional acerca de otros planetas por medio de las facultades clarividentes que hemos descrito. Es posible hacer que la vista sea muchísimo más clara fuera de los constantes disturbios de la atmósfera terrestre, y no es muy difícil aprender á emplear una facultad aumentadora de inmensa potencia; de suerte, que aun por medio de la clarividencia ordinaria, podría obtenerse conocimientos astronómicos sumamente interesantes. En cuanto á lo que se refiere á esta tierra y á sus alrededores inmediatos, prácticamente no hay limitación.

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará).

EL CRISTO

HISTÓRICO, MÍTICO Y MÍSTICO

Entre los muchos cambios que han obrado en el mundo moderno la facilidad de las comunicaciones, no ha sido el menor el verificado en la relativa posición de unas religiones con otras. El antiguo exclusivismo que pretendía un rango único para el Cristianismo, considerándolo como la única revelación divina, y clasificando las demás religiones en un montón como «paganas», no se encuentra ya en el público seglar educado, y desaparece rápidamente en el clero, pues este exclusivismo estaba basado en el hecho de que una parte del mundo conocía muy poco el modo cómo vivía la otra, y sabía aún menos, ni era posible, cómo había vivido en el lejano pasado. Cuando las comunicaciones eran raras y difíciles, y las naciones estaban separadas por barreras que casi eran infranqueables, era muy natural que no pudiesen hacerse cargo de que existía una común herencia religiosa, ni saber que la identidad de pensamiento y de tradiciones estaba débilmente velada por la diversidad externa de costumbres. Pero en nuestros modernos tiempos, cuando estas barreras han desaparecido, cuando se han vencido los obstáculos de las lenguas y los de las distancias tanto se

han reducido, las naciones se aproximan mucho más y sus historias pasadas entran también bajo la inspección del estudiante de las religiones. El hecho que claramente se ha desprendido de esta mayor comunicación entre los pueblos, es que todas las religiones tienen muchísimo en común, y usan simbolismos, ritos y ceremonias muy semejantes; que la historia de sus fundadores muestra las semejanzas más notables, y que las festividades, que son festividades religiosas importantes en una, se ve que lo son también en las otras.

Del estudio de esta identidad en creencias, simbolismos, ritos, ceremonias, historias y festividades conmemorativas, se ha originado una escuela moderna que relaciona todo ello con un origen común que radicaba en la ignorancia humana y en las explicaciones primitivas de los fenómenos naturales. De esta identidad se sacan armas con que atacar á cada religión por sí, y uno de los ataques más efectivos que se han dirigido contra el Cristianismo en los últimos cien años, ha tenido como base la significativamente llamada Mitología Comparada. La Mitología Comparada puede decirse que tiene cosa de un siglo de existencia, datando de la aparición de la *Histoire Abrégée des differents Cultes*, de Dulaure; de *Origine de tous les Cultes*, de Dupuis; de *Hindu Pantheon*, de Moor, y de *Anacalipses* de Godfrey Higgins. Estas obras fueron seguidas por multitud de otras aún más científicas y rígidas en su colección y comparación de hechos, hasta que ha llegado á ser imposible, para cualquier persona educada, ni siquiera negar la identidad y semejanzas que existían en todas direcciones. En la actualidad no hay cristianos que puedan disputar que los símbolos, ritos y ceremonias cristianas sean únicas, exceptuando, á la verdad, los ignorantes. Entre éstos se ve aún la sencillez de creencias mano á mano con la ignorancia de los hechos; pero fuera de esta clase no vemos, ni aun entre los cristianos más devotos, quién niegue que el Cristianismo no tenga mucho en común con religiones más antiguas.

Es bien sabido que en los primeros siglos «después de Cristo», esta semejanza era admitida en todas partes. Justino Mártir, por ejemplo, llena sus páginas con referencias á las religiones de su tiempo, y si algún moderno adversario del Cristianismo quisiese citar un número de casos en que las enseñanzas cristianas son idénticas á las de las religiones más antiguas, no encontraría guías mejores que los apologistas del segundo siglo. Estos citan enseñanzas, historias y símbolos paganos, y declaran que la misma identidad de las cristianas con éstas debe impedir que se rechacen las últi-

mas como increíbles. Se da una razón curiosa de esta identidad, una que difícilmente encontrará partidarios en nuestros días. Dice Justino Mártir: «Aquellos que nos transmiten los mitos que los poetas han hecho, no presentan pruebas á la juventud que los aprende; y procedemos á demostrar que han sido emanados de la influencia de los perversos demonios para engañar y descarriar la raza humana, pues habiendo oído proclamar por los profetas que el Cristo había de venir y que los hombres malos serían castigados por medio del fuego, presentaron á muchos, denominados hijos de Júpiter, bajo la impresión de que podrían producir en los hombres la idea de que las cosas que se decían respecto de Cristo eran puros cuentos maravillosos, lo mismo que las cosas que decían los poetas.» «Y los demonios, en verdad, habiendo oído este lavatorio publicado por el profeta, instigaban á los que entraban en un templo y se les aproximaban con libaciones y ofrendas á que también se rociasen, y también les hacían lavarse completamente al salir.» «La cual (la Santa Cena) los perversos demonios han imitado en los misterios de Mithras, ordenando se hiciera la misma cosa» (1). En cuanto á mí, cuando descubrí el perverso disfraz con que los malos espíritus habían rodeado las divinas doctrinas de los Cristianos para impedir que otros las siguieran, me reí» (2).

Estas identidades eran de este modo consideradas como obras de los demonios, copias de los originales cristianos, que circulaban bastamente en el mundo precristiano con el fin de crear prejuicios en la recepción de esta verdad, cuando viniese. No deja de ser difícil aceptar las primeras declaraciones como copias y como originales las posteriores; pero sin disputar con Justino Mártir, si las copias precedieron á los originales ó los originales á las copias, nos basta con aceptar su testimonio respecto de la existencia de tal identidad entre las creencias que florecían en el Imperio Romano de su tiempo y la nueva religión que él defendía.

Solo hay un modo de escapar á la conclusión de la Mitología Comparada de que las religiones son el producto del fértil suelo de la ignorancia humana é igualmente falsas, y es remontándolas á un origen común en las enseñanzas de hombres altamente evolucionados y demostrando que todas son verdad. Algunos cristianos ortodoxos están prontos á admitir que hubo «una revelación primitiva», cuyos confusos vislumbres iluminaron las re-

(1) Justino Mártir, *Primera Apología*, §§ LIV, LXII y LXVI.
(2) Justino Mártir, *Segunda Apología*, § XIII.

ligiones de la antigüedad, y dicen como el difunto Primado, Dr. Benson: que todas las religiones contienen cierta revelación de Dios, no un engañoso fuego fátuo, sino un rayo del Sol Espiritual único. Este es un paso en la buena dirección, aunque no va muy lejos, y demuestra una apreciación inadecuada y grotesca de la grandeza y sublimidad de las creencias con tanta facilidad desdeñadas. Importa mucho, sin embargo, comprender bien que la ignorancia humana *ha* tomado parte en todas las religiones, introduciendo gran confusión con la mezcla de elementos originalmente distintos; por tanto, es muchas veces necesario desenredar los enmarañados hilos, y ver cuándo los símbolos han sido tomados por sucesos, y las alegorías por historias. Quizá no sea esto tan necesario en ninguna parte como en la historia de Jesús, llamado el Cristo.

(Se continuará). ANNIE BESANT.

DOS CARTAS DEL ARQUEÓLOGO BARTHÉLEMY (1)

SOBRE EL SIMBOLISMO DE LAS VOCALES GRIEGAS

A M. de Chabanon.

París 21 de Enero 1778.

I

CONOZCO desde hace mucho tiempo, mi querido amigo, el pasaje de Demetrius Phalero. Le había examinado en otro tiempo, y aun le dediqué unas líneas en cierta nota de mi *Mémoire sur les rapports des langues égyptienne, phénicienne et grecque* (T. XXII, pág. 222). Como no tenemos prueba alguna de que los egipcios hubiesen admitido siete vocales en su alfabeto, y por otra parte no se explica por qué habían de ser empleados aquellos simples sonidos para celebrar á los dioses, me había

(1) Jean-Jacques l'abbé Barthelemy, á quien no hay que confundir con otros aficionados á las Bellas Artes del mismo nombre. Eminente literato, filólogo y arqueólogo, cuyas obras alcanzaron tan fabulosa popularidad en algún tiempo (aunque en la actualidad apenas si se leen), escribió las dos presentes misivas con motivo de una cuestión suscitada por M. Chabanon al tratar de un problema de Aristóteles, referente á la teoría de la música. (*V. Œvres diverses de J. J. Barthélemy*. París, H. J. Jansen, año VI de la República). Barthelémy, además de su popular obra *Voyage du jeune Anacharsis en Grece* (1878), escribió: *Los amores de Carita y Polydoro* (1761); *Cartas sobre algunos monumentos fenicios* (1766); *Estado de la música griega en el siglo IV* (1777); *Sobre una inscripción griega relativa á las monedas atenienses* (1792); *Viaje por Italia* (1801), y una *Paleografía numismática* que no le dejó terminar la muerte.

inclinado á la opinión de MM. Gesner y Michaëlis, consignadas en las memorias de Gottinga. Dichos sabios pretendían que los griegos, habiendo escuchado en algún templo egipcio el nombre de *jehova* (pronunciado quizá de este modo: *ieoua*), creyeron que los egipcios empleaban simples vocales en sus plegarias. Pero no había pruebas de que los sacerdotes egipcios conocieran el nombre de *jehová*, aunque la cosa pudiera ser probable.

Después de la impresión de mi Memoria, recuerdo que he vuelto más de una vez sobre este pasaje. He visto lo que dijo M. Jablonski *(Panth. Ægypt, Proleg.* pág. 55) y no estoy muy distante de creer que los sacerdotes egipcios, habiendo simbolizado cada planeta con una vocal, pronunciaban estas vocales cuando querían invocar las divinidades que presidían á los planetas. M. Jablonski relaciona muchos pasajes que parecen confirmar esta opinión; uno, entre otros, de Nicomaco, que es muy sujestivo, está tomado del segundo libro del *Manual* (edic. de Meibomius, pág. 37). En él se dice que los Therinios honraban á la Divinidad por medio de sonidos inarticulados. Desgraciadamente no se conoce á estos Therinios. Meibomius ha creído que debía leerse Tyrrhenios ó antiguos Toscanos, los que en efecto tomaron mucho de Egipto; otros en igual de Θερινοὶ han leído Θεουργοὶ (Theourgos). Sea lo que quiera, es lo cierto que en lo antiguo hubo sacerdotes que no pronunciaban en sus oraciones más que vocales, pudiendo ser suficiente para demostrarlo el dato de Demetrio Phalero.

M. Jablonski observa con razón que los gnósticos, que habían conservado muchos ritos de los egipcios, nos han dejado infinidad de *abraxas*, sobre los cuales se hallaban grabadas las siete vocales, al lado, á veces, de divinidades al parecer egipcias. Yo he hallado al margen de mi disertación citada, una nota manuscrita que puse no sé cuándo. Es un pasaje desconocido para Jablonski, y tomado de un médico griego de nombre Nicolaus Myrepius. La obra de éste se publicó entre los *Médici principes* de Henri Etienne. Dicho Nicolaus relaciona muchas fórmulas de remedios, y muy frecuentemente exige que al componerlas se pronuncien oraciones. Luego, hablando de una cierta droga (sect, XXI, cap. I) quiere que para que haga su efecto, se tenga cuidado de al hacerla pronunciar las siete vocales: α, ε, η, ι, ο, υ, ω. He aquí las siete vocales empleadas como oraciones. Según todas las apariencias esta idea venía de los egipcios, el más supersticioso de los pueblos.

Después de esto, creo que podéis tomar el pasaje de Demetrius Phalero al pie de la letra. No se trata ahora sino de explicarle.

Creo que no se puede interpretar de otra manera que la indicada, sólo que no se puede decir que fuera la eufonía la que hacía preferir estas letras. En efecto, ¿por qué las empleaban? No por otra cosa sino porque cada una de las vocales simbolizaba un planeta. La E, por ejemplo, estaba consagrada á la Luna (*Arist. Quint.*, lib. III, pág. 147). El mismo dice que esta vocal designaba además la *proslambanómena* (1), pero la designaría posteriormente, porque esta cuerda no fué introducida sino muy tarde en el sistema musical. Así, segun Nicómaco, algunos atribuían la *hypate* (el *si*) á la Luna; la *mesis* (*mi*) al Sol, etc. Según sabéis, para los pitagóricos cada planeta producía un sonido, y todos juntos formaban un heptacordo. ¿Qué hacía, pues, un sacerdote egipcio pronunciando la letra E? Dar el sonido correspondiente á la Luna, siendo su intención rendirle homenaje. Para implorar al astro se le invocaba. Como si se dijere: ¡Oh, Luna! ¡Oh, Marte!, etc. No creo que la repetición de las vocales tuviese otra significación.

Pero ¿qué significan las palabras ὑπ'ευφωνίας de Demetrius? Sería para indicar que el concurso de las siete vocales resultaba *agradable, de buen sonido*. Cita también la plegaria de los egipcios, que en sus templos pronunciaban las siete vocales unidas y seguidas (ἐφεξῆς).

Es preciso, pues, traducir las últimas palabras: «*El sonido de estas vocales se oía de una manera agradable, á causa de su eufonía.*» Y todo el pasaje lo traduciría yo así: «En Egipto los sacerdotes celebraban á los dioses recitando las siete vocales seguidas; el sonido de estas letras, respondiendo alternativamente al de la flauta y al de la cítara, producía un efecto agradable, á causa de su eufonía.»

Yo he encontrado entre las notas de Thomas Gale, sobre Demetrius de Phalero, la relación entre las vocales y los planetas. Él las toma de Porphyrio, así:

A *Vénus*
I el *Sol.*
O *Marte*
Ω *Júpiter*
Υ *Saturno*

(1) Esto es, *la cuerda* (χορδὴ) proslambanomena.

Porphyrio no cita más que cinco, pero nosotros hemos visto más tarde la **E**, afecta á la Luna, y la **H** relacionada con Mercurio.

He aquí, mi querido amigo, bastante habladuría, y eso que he abreviado en lo posible. Yo os agradezco el haberme dado ocasión para fijar mis ideas sobre este punto, etc.

II

27 de Enero 1778.

A mi vuelta he pensado de nuevo en Demetrius, y he encontrado una nueva explicación de las últimas líneas, que me parece mejor que la otra.

Traduciendo ἀντὶ αὐλοῦ καὶ ἀντὶ κιθάρας, como *en lugar de flauta* y *en lugar de cíthara,* tendremos: «En lugar de flauta y de cíthara, se hacía oir el sonido de estas letras, á causa de su eufonía.» Esto es, en lugar de hacer antifonar ó alternar las voces y los instrumentos, en Egipto los sacerdotes hacían antifonar las siete vocales con los cantos que ellos dirigían á las divinidades de los planetas. Se comenzaba, pues, por pronunciar las siete vocales. Esto era la invocación como ya dije. Después venía una oración que se cantaba. Se repetían las vocales como un estribillo, y luego nuevamente la oración, etc.

(Versión de V. D. P. 1899.)

PENSAMIENTOS Y COMENTARIOS

Hay una facultad en el espíritu humano que supera á todo lo nacido y por nacer.

Jámblico.

Y ¿qué facultad podrá ser esta superior á la memoria, al entendimiento y á la voluntad, las tres potencias del alma?

¿Qué facultad podrá ser la que sume y sintetice los esfuerzos de estas potencias reunidas, si no es la *intuición*?

La intuición, destello divino que germina en nuestra alma al mismo tiempo que la conciencia, pero destello tenue, vagoroso é indeciso que pronto se extinguirá si no procuramos avivarlo con el esfuerzo de nuestras potencias, si no lo robustecemos con la savia del razonamiento y la percepción clara de todas nuestras sensaciones y de todas nuestras ideas. En la mayoría de los hombres, la intuición no existe sino en estado rudimentario, y su propia ignorancia los excusa si la dejan extinguirse, pero

todo aquel que sienta en su alma el destello de esta divina facultad, obligado está por la sublime ley del progreso á desarrollarla y fortalecerla en la medida de sus fuerzas.

Cada uno de nosotros posee la facultad, el sentido interior que se conoce con el nombre de intuición; *pero ¡cuán pocos son los que saben desarrollarla!*

H. P. BLAVATSKY.

Por eso debemos aplicarnos desde el primer momento á cultivar, á fortalecer esta cualidad por medio del estudio y de la meditación, porque sin ella ¿qué fruto darían nuestro trabajo, sino un fárrago de ideas desordenadas y confusas, agobiando nuestra memoria y confundiendo nuestro espíritu? La intuición es innata en el hombre; en unos más que en otros está aparente, pero como en todos existe, aunque sea en estado rudimentario, como existen la memoria y la voluntad, susceptible es como éstas de educación y de desarrollo, lo que puede lograrse por medio del razonamiento detenido y sereno que nos conduzca á la percepción clara de las ideas; y éstas que al principio no serán sino las consecuencias de nuestros cálculos y estudios, irán poco á poco adelantándose, condensándose y agrupándose como producto espontáneo de la intuición. Trabaja, pues, ¡oh discípulo! que en ti mismo llevas los útiles y las herramientas de que te has de servir, y así como el obrero mecánico procura que estén las suyas siempre listas, afiladas y cortantes, así tú debes cuidar bien de las tuyas que te facilitarán el estudio y te procurarán el anhelado fruto con singular antelación.

El hombre posee en sí mismo la fuerza y la energía para conocer á Dios, y por este conocimiento obtiene la inmortalidad.

Sama-Veda (1).

La primera parte de esta Sentencia refiérese á la *intuición* de que se habla en la anterior (2). Esta fuerza, esta energía para conocer á Dios, rudimentaria en muchos, sensible en otros, poderosa en los menos, según en los diversos estados de progresión espiritual en que se hallen, puede en todos los casos fortalecerse y aumentarse por el propio esfuerzo con el

(1) Uno de los libros sagrados más antiguos que se conocen en Oriente. — *Lea/ar.*
(2) Cada uno de nosotros posee, etc. — *H. P. Blavatsky.*

estudio, el trabajo y la meditación; y cuando tenemos conciencia de poseerla, obligados estamos á mejorarla, porque siendo la Ley inmutable y universal, la del progreso y la perfección, cuanto antes logremos alcanzarla antes gozaremos de la felicidad eterna, la *inmortalidad* como dice el *Veda*, en el seno mismo de Dios, del que emanamos, y que colocó en nosotros un destello de su Divina Esencia, la intuición, para que por él pudiéramos guiarnos, remontándonos poco á poco desde el estado de percepción rudimentaria, hasta el pleno conocimiento de su esencia misma, y este conocimiento que es el de la *Verdad Suprema*, nos identifica con ella sumiéndonos en su eterna Gloria.

Leafar.

BIBLIOGRAFÍA

Vuestras fuerzas y medios para utilizarlas, por Prentice Mulford: versión española de Quintín López Gómez. — Tipografía de Juan Torrentes. — Barcelona, 1898.

Forman este librito, aparte del corto prefacio del traductor, los capítulos siguientes: Dios. — Los misterios del sueño. — De la dirección de los sueños. — El arte de olvidar. — Generación de los pensamientos. — La ley del éxito. — El arte de aprender. Nada de particular se dice en el capítulo primero, no ocurriendo lo mismo en el que trata de los misterios del sueño; en él se equipara la fuerza mental con el espíritu, hablando de la primera como siendo una substancia real aunque invisible. De lo expuesto se desprende, que durante el sueño no se gasta energía mental, no se piensa, pues en este estado se recoge toda la energía difundida durante la vigilia. No deja esto de ser una de tantas teorías ideadas para explicar las funciones y objeto del sueño, pero que resultan incompletas y no pueden satisfacer al investigador imparcial. Por otra parte, consideramos que el autor está en lo cierto cuando trata de la realidad de los pensamientos como cosas y las cualidades que atribuye á las mismas.

En el segundo capítulo se describen aquellos mundos adonde va el espíritu cuando se separa del cuerpo; el siguiente capítulo trata del orden de los pensamientos, y la necesidad de olvidar aquellos que nos son perjudiciales.

Bien quisiéramos seguir al autor en todas sus consideraciones, pero el espacio limitadísimo de que disponemos para esta sección, nos obliga á ser concisos. A pesar de todo no dejaremos de consignar que Mr. Mulford entrevió grandes verdades que dieron por resultado ese libro donde el lector puede contemplarlas á través del cerebro y razonamientos del autor.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.